

ENCUENTROS



¿Américo y América?

Conferencia de
Felipe Fernández-Armesto

CENTRO CULTURAL DEL BID

Coordinador General y Curador: Félix Ángel

Asistente del Coordinador General: Soledad Guerra

Coordinadora de la Serie Interamericana de Conciertos, Conferencias y Cine: Anne Vena

Coordinadora del Programa de Desarrollo Cultural: Elba Agusti

Asistente de Manejo y Conservación de la Colección
de Arte del BID: Debra Corrie



El Centro Cultural del BID fue creado en 1992 y tiene dos objetivos principales: (1) contribuir al desarrollo social por medio de donaciones que promueven y cofinancian pequeños proyectos culturales con un impacto social positivo en la región, y (2) fomentar una mejor imagen de los países miembros del BID, con énfasis en América Latina y el Caribe a través de programas culturales y entendimiento mutuo entre la región y el resto del mundo, particularmente de los Estados Unidos.

Las actividades del Centro en la sede promueven talentos nuevos y establecidos provenientes de la región. El reconocimiento otorgado por las diferentes audiencias y miembros de la prensa del área metropolitana de Washington D.C., con frecuencia ayuda a impulsar las carreras de nuevos artistas. El Centro también patrocina conferencias sobre la historia y la cultura de América Latina y el Caribe y apoya emprendimientos culturales en el área de Washington D.C. relacionados con las comunidades locales latinoamericanas y del Caribe, como por ejemplo, el teatro en español, festivales de cine y otros eventos.

Las actividades del Centro, a través del *Programa de Exposiciones* y de la *Serie Interamericana de Conciertos, Conferencias y Cine*, estimulan el diálogo y un mayor conocimiento de la cultura de los países americanos. El *Programa de Desarrollo Cultural* se estableció en 1994 para apoyar proyectos en América Latina y el Caribe que impulsan el desarrollo cultural comunitario y la educación artística de jóvenes en el nivel local, y provee apoyo institucional para la conservación del patrimonio cultural, entre otros aspectos. La *Colección de Arte del BID*, conformada a lo largo de muchos años, es asimismo administrada por el Centro Cultural. La Colección refleja adquisiciones que van de acuerdo con la relevancia e importancia hemisféricas que el Banco ha logrado después de cuatro décadas de existencia como institución financiera pionera en el desarrollo de la región.

¿AMÉRICO Y AMÉRICA?

Felipe Fernández-Armesto

Un bautismo singular,
apenas recordado

Es a todas luces increíble, a mi entender, que en el hemisferio americano, y particularmente en Estados Unidos, hoy en día casi no exista un interés manifiesto en conmemorar el quingentésimo aniversario del momento en que América recibió su nombre. En este país, la mayoría de la gente ni siquiera sabe que se aproxima tal centenario.

Sin embargo, el 25 de abril de 2007 se cumple literalmente el quingentésimo aniversario del bautismo de este hemisferio. En ese día, hace quinientos años, los impresores terminaron de componer el libro en el cual se propuso por primera vez llamar a esta parte del mundo con el nombre del aventurero florentino a quien me referiré a continuación. Tal acontecimiento ya es

en sí mismo extraordinario. El hecho que conmemoramos se destaca también como el único momento de la historia en que un continente o hemisferio fue bautizado con el nombre de un individuo real: un individuo vivo, de carne y hueso. Más notable aún: Américo —moralmente débil y flojo de intelecto— parece completamente indigno de semejante honor. Todo esto motiva nuestro interés por saber cómo y por qué ocurrieron estas cosas.

Si bien los grandes acontecimientos suelen brindar la oportunidad de que las celebraciones estimulen e inspiren la investigación académica, esta vez no se ha llevado a cabo ninguna búsqueda. El Banco Interamericano de Desarrollo es una de las cuatro únicas organizaciones estadounidenses —al menos, de mi conocimiento— que han prestado atención al aniversario

La conferencia *¿Américo y América?* tuvo lugar en el Banco Interamericano de Desarrollo, en Washington D.C., el 18 de abril de 2007, como parte del Programa de Conferencias del Centro Cultural del Banco Interamericano de Desarrollo.

que nos ocupa. Una de ellas es la Biblioteca del Congreso; la segunda es una sociedad de académicos; la tercera se dedica a propagar la idea de que América fue descubierta por los templarios, y la cuarta es el Centro Cultural del BID. Curiosamente, el resto del país está obsesionado con otros dos centenarios que también se conmemoran en 2007: uno es, por supuesto, el bicentenario de la abolición del comercio esclavista por parte de Gran Bretaña, y el otro, el cuarto centenario de la fundación de Jamestown, Virginia.

Debo confesar —y pido disculpas por ello— que ninguno de estos eventos me parece particularmente digno de conmemoración. De más está decir que la abolición del comercio esclavista por los británicos constituyó una empresa grande y noble, que merece nuestro aplauso. Sin embargo, Dinamarca ya lo había hecho antes, y en absoluto fue notorio que la prioridad de la abolición por los daneses haya sido celebrada, ni siquiera muy difundida, fuera de ese país. Más aún: cuando Gran Bretaña finalmente se avino a abolir el comercio de esclavos, el resultado fue desastroso. El efecto inicial no fue otro que volver más rentable, y por lo tanto más intenso, dicho comercio. La abolición implicó la desaparición de comunidades de comerciantes esclavistas, los cuales no tenían noticia de que estuvieran involucrados en una actividad que el mundo había comenzado a ver con malos ojos.

En cuanto a la conmemoración de Jamestown, reconozco que en verdad me irrita. Y gracias a que el Banco Interamericano de Desarrollo es una organización genuina-

mente hemisférica que une a todos los americanos, puedo referir una anécdota que en otras circunstancias habría resultado quizás ingrata. En la universidad donde trabajo —Boston, Massachusetts— se abrió el año pasado una vacante para un historiador del período colonial del actual territorio de Estados Unidos. Como era de esperar, entre los candidatos al puesto se contaban algunos de los jóvenes más promisorios del mundo académico. A todos ellos les hice la misma pregunta: “Usted es historiador del período colonial estadounidense. Entonces, dígame, ¿en qué parte del territorio actual de Estados Unidos de América se produjo el primer asentamiento permanente de colonos europeos?”. Por supuesto, quienes están relativamente bien informados saben que la respuesta correcta es “Puerto Rico”, colonizado en 1509. Luego, en 1567, fue fundada St. Augustine (Florida), y en 1598 se inició la colonización de Nuevo México. Recién en 1607, con posterioridad a todos esos acontecimientos, se fundó Jamestown.

Creo que los orígenes de Estados Unidos son en gran medida hispánicos. Y me produjo cierto fastidio que el destacado historiador Edmund Morgan haya afirmado, en un artículo del *New York Review of Books* publicado hace poco tiempo, que Jamestown fue el primer asentamiento permanente del actual territorio estadounidense. A mi parecer, el mito de los orígenes exclusivamente ingleses de este país —el cual postula que la cultura esencial de Estados Unidos se arraiga en la tradición blanca, anglosajona y protestante, y que esta nación se desarrolló siguiendo un proceso que atravesó el continente de Este a Oeste— se desmo-

ronó hace unos cien años por obra de H. E. Bolton. Sin embargo, ese mito aún perdura tenazmente en la tradición histórica estadounidense, goza de buena salud entre los jóvenes del país y, en apariencia, no puede ser erradicado de los programas en el marco de los cuales aquéllos reciben su formación. De todos modos, no es mi intención desmerecer la conmemoración de otros sucesos históricos, sino referirme a un acontecimiento que me parece mucho más llamativo y curioso, y también más digno de celebración.

Las razones del desinterés

Hay dos razones por las cuales no se presta atención al aniversario del bautismo americano. La primera de ellas estriba, supongo, en la vergüenza que despierta en Estados Unidos el nombre de “América”. Ahora bien: todos nos avergonzamos de nuestros nombres, y, por otro lado, los procesos denominativos suelen adolecer de mal funcionamiento, como lo prueba, en un excelente ejemplo de ello, la primera figura aquí reproducida. La imagen muestra el frontispicio de un libro publicado en 1507, año en que América comenzó a ser llamada así. El libro incluye la primera versión italiana de una descripción, realizada por Vespucio, de lo que él había denominado *Mundus Novus*, o “Nuevo Mundo”, o *Novo Mondo*, como dice aquí. Pero nótese que el impresor colocó mal el nombre del autor: *Alberico* Vespucio. Cabe suponer que Vespucio habrá tenido que habituarse a ese tipo de incidentes. Pero lo que más llama la atención es que, en el preciso momento en

que el mundo comenzaba a denominar a este continente con el nombre de Américo, el impresor de una de las obras fundamentales relacionadas con el tema se haya equivocado al transcribirlo.

Nuestra vergüenza por los nombres que llevamos puede llegar a ser visceral. Muchos hijos se lamentan por el nombre que sus padres les han dado en el bautismo, porque desearían tener uno más raro, más exótico, más romántico. Este tipo de incomodidad por la inadecuación de nuestro nombre es una experiencia muy común. Y creo que ello se debe, en parte, a que no podemos quitarnos de la cabeza la idea, obviamente errónea, de que los nombres deberían ser descriptivos, expresar cómo somos y quiénes somos. Sin embargo, sabemos que los nombres no son descriptivos, sino meramente designativos. De lo contrario, una mujer negra no podría llamarse Bianca, ni un hombre alto y rubio podría llamarse Nigel —que significa “pequeño y oscuro”—, y tampoco una persona fea podría llamarse Linda ni Belle. Mi nombre, Felipe, significa “amante de los caballos”. No tengo nada en contra de los caballos, pero debo confesar que en cada intento de montar uno advertí a todas luces que esos animales me detestaban. Desde el punto de vista intelectual, podemos entender que los nombres no hacen más que designar, pero aun así queremos que nos describan: queremos que tengan las connotaciones adecuadas. En cuanto a las connotaciones, hoy en día, América ha pasado a ser uno de los peores nombres que pueda llevar un continente, o un país en particular. En primer lugar, éste es el único país del hemis-

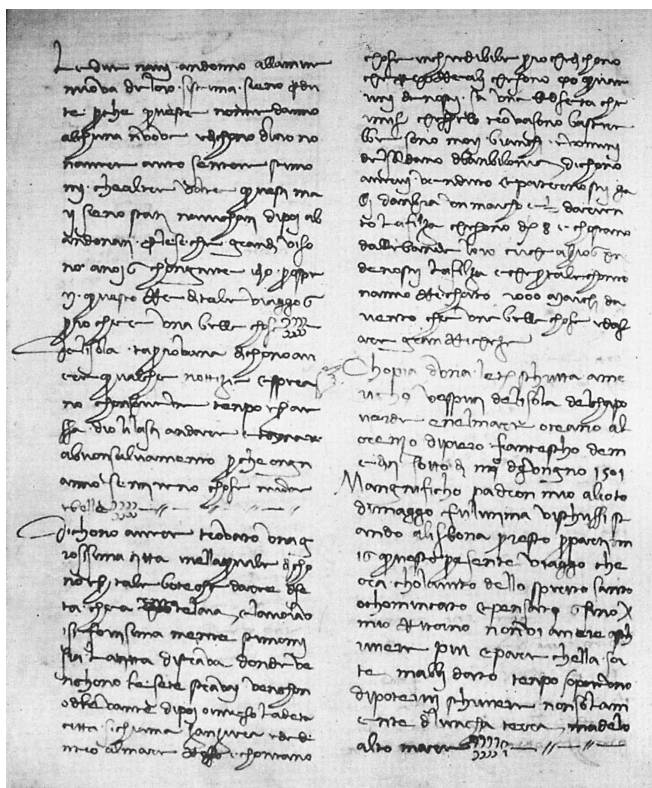


Figura 1. Pietro Vaglianti, quien coleccionaba noticias de descubrimientos comercialmente explotables para una de las casas mercantiles de Florencia, recopiló material relacionado con Vesputio en el período de dos a tres años que siguieron a la muerte del explorador, tal como esta copia de la carta escrita por Américo al abandonar las Islas de Cabo Verde a su regreso de Brasil, en junio de 1501.

ferio que se autodenomina “América”. No cabe duda de que el hecho de arrogarse el nombre de todo un continente basta para causar todo tipo de vergüenzas, además de despertar resentimientos varios entre otras comunidades del Nuevo Mundo. En

segundo lugar, el nombre está colmado de resonancias imperiales que fueron impuestas al hemisferio desde el exterior. Por último, Américo Vesputio es un homónimo más bien vergonzoso: aunque algunos lo tengan por héroe, para muchos fue un vi-

llano, un hombre acusado de charlatán o farsante, un cuco que anidó en la legítima gloria de Colón.

El problema de las fuentes

Llegamos así a la segunda razón por la cual se descuida este quinto centenario: sabemos muy poco sobre Américo Vespucio. Tratándose de alguien cuya importancia condujo a que un vasto hemisferio y la única superpotencia mundial llevaran su nombre, resulta asombroso que los historiadores sepamos tan poco acerca de él. Hasta ahora nos hemos inhibido de escribir sobre Vespucio a causa de la queja más común que puede tener un historiador: el problema de las fuentes.

Tradicionalmente se han utilizado dos tipos de fuentes para estudiar a Vespucio. En primer término, se conservan unas pocas de sus cartas manuscritas. Las que se relacionan con sus travesías son copias más bien contemporáneas; ninguna de ellas es de su propio puño y letra. La figura 1 muestra, por ejemplo, la llamada “carta Vaglienti”, donde Vespucio describe un encuentro que tuvo frente a la costa africana durante una de las travesías que llevó a cabo en el año 1500. Podemos confiar plenamente en la autenticidad de estos escritos: ya lo probó Alberto Magnaghi en la década de 1920, y no hay argumentos racionales que permitan cuestionar la veracidad de sus descubrimientos.

En segundo término, contamos con dos fuentes impresas que fueron atribuidas a Vespucio durante su vida. Una de ellas es

la famosa *Mundus Novus*, obra a la cual se atribuye el hecho de que esta parte del planeta haya recibido el nombre de “Nuevo Mundo” (si bien Vespucio popularizó el nombre, es probable que lo haya tomado de Cristóbal Colón, quien lo había usado antes de manera similar). A la otra se la conoce como “carta a Soderini” —en la figura 2 pueden apreciarse ediciones anteriores—, que también ilustra la extraordinaria interdependencia de las trayectorias de Vespucio y Colón: el diseño de este frontispicio fue copiado, en realidad, de una de las anteriores ediciones del informe de Colón sobre sus propios descubrimientos, y el título se inspira en otra obra de Colón.

Uno de los problemas que obstaculizaron el desarrollo de la historiografía sobre Vespucio estriba en que nadie ha sido capaz de establecer cierto consenso en cuanto al carácter genuino de estas cartas o de algunos de sus fragmentos. En mi libro sobre el tema afirmo haber resuelto el problema mediante un recurso que considero muy simple: volver a los manuscritos. No hay material bastante como para llevar a cabo un análisis estadístico completo de la imagería que aparece allí, pero el que existe es suficiente para identificar lo que he denominado “tics” intelectuales de Vespucio: las obsesiones que lo embargaban, los autores que citaba, los materiales que abordaba una y otra vez. Para dar algunos ejemplos, creo que si el texto no rebosa de retórica egocéntrica, no es de Vespucio; si no abunda en ampulosas aserciones sobre la superioridad de la navegación astronómica en relación con la práctica, no es de Vespucio; si en él no aparecen citas de Petrarca o de



Americo Vesputio, *Lettere delle isole nuouamente trouate in quattro suoi viaggi* (Firenze, G. Stedano di Carlo da Pavia per B. Pacini, 1505-1506). Firenze, Biblioteca Nazionale Centrale, Banco Rari 192, portata. Por concessión del Ministero per i Beni e le Attività Culturali della Repubblica Italiana/Biblioteca Nazionale Centrale di Firenze.

Figura 2. La imprenta que reprodujo la *Carta a Soderini* recicló el título y la imagen de la carátula de una edición de 1493 del primer informe impreso de Colón.

Dante, probablemente no sea de Vesputio. Entonces, si tomamos como parámetro las cartas cuya autenticidad está fuera de discusión y las cotejamos con las fuentes controvertidas, creo que podemos determinar con absoluta certeza cuáles son las obras genuinas de Vesputio y detectar con razonable acierto cuáles son las falsas.

He recurrido, asimismo, a dos cuerpos de documentos que fueron ignorados o descartados por los académicos que se ocuparon previamente del tema. El primero de ellos es un grupo de cartas que Vesputio recibió cuando era un joven habitante de Florencia. Se trata de un material conocido desde hace más de doscientos años e

impreso hace más de un siglo. Sin embargo, los historiadores no lo han usado con la libertad que —en mi opinión— merece y exige, quizá porque nos revela un Vespucio desagradable, inmerso en la infamante y escabrosa marginalidad florentina de su época: el hombre que aparece allí intimaba con criminales y otras gentes del bajo fondo.

La segunda nueva fuente a la que he acudido es un cuaderno de ejercicios compilado por el joven Américo bajo la dirección de su tío, quien era también su tutor. Una vez más, aunque este material se conoce desde hace mucho tiempo, siempre se conservó simplemente como manuscrito. Todos los anteriores biógrafos de Vespucio lo menospreciaron por inservible, alegando que, si no se trataba más que de ejercicios formales, nada podía decir de él como hombre. En efecto: este texto ni siquiera apareció en la compilación de fuentes sobre Vespucio —por lo demás, magistral— publicada recientemente por Ilaria Caraci, una de las principales historiadoras del tema. Sin embargo, el cuaderno *dice mucho* acerca de Vespucio, puesto que revela detalles de su educación. Revela, por ejemplo, la religión en que se lo instruyó de niño, que resulta muy sorprendente: se trata de una forma avanzada de pietismo medieval tardío, una especie de religión mendicante que ponía en primer plano la gracia de Dios y otorgaba a las obras un valor nulo. Sus principios hubieran sido aprobados, quizá, por Savonarola, lo cual no es asombroso, dado que el tutor de Américo se convirtió más tarde en su secuaz. Es posible, incluso, que los hubiese aprobado Lutero, aunque resulta interesante destacar

que Vespucio no parece haberse impresionado mucho con ellos. Uno de los aspectos más extraordinarios de sus escritos es que casi nunca mencionan a Dios, salvo por expresiones convencionales. En mi opinión, Américo Vespucio era un hombre de radical secularidad.

Así, el cuaderno de ejercicios dice mucho sobre la religión del personaje que nos ocupa. Dice mucho sobre su familia, sobre la relación con su padre y sus hermanos. Un historiador de orientación psicológica encontraría allí un material irresistible acerca de la envidia que sentía Américo por su hermano mayor. Sobre todo, esta fuente revela los valores con que fue educado. En ella aparecen continuas referencias a los mandatos de su padre, que lo instaba a alcanzar el honor y la fama, esas grandes virtudes renacentistas. En el resto de los escritos que Vespucio produjo a lo largo de toda su vida, las referencias al honor y la fama constituyen elementos recurrentes. En un sentido, la vida de Américo Vespucio consistió en una búsqueda infructuosa de fama y honor. Por ejemplo, uno de los ejercicios incluidos en el cuaderno hace alusión a los florentinos que habían abandonado su ciudad para salir al mundo en busca de aventuras, y dice más o menos lo siguiente: “No sabemos qué ha sido de ellos, pero podemos tener la certeza de que andan por alguna parte, buscando fama y honor”. No se necesita mucha imaginación para percibir cómo resonaba el recuerdo de tal ejercicio en la mente del Américo adulto, cuando éste hizo exactamente lo mismo que aquellos florentinos —aventurarse por el mundo— con idéntico objetivo.

El artista de
la transformación

Ahora bien: cuando reúno todas las fuentes mencionadas, obtengo de Vesputio la imagen de lo que hoy llamaríamos un “artista de la transformación”: alguien que experimenta una extraordinaria serie de reinventiones, cada una de las cuales representa una huida del fracaso. Mi esposa es extremadamente puntillosa con sus lecturas. (Sé por qué pienso tanto en mi esposa esta mañana: supongo que la prolongada gira de conferencias que estoy llevando a cabo hace que la extrañe mucho.) Si la primera oración de un libro no la impresiona, el libro queda descartado. Es por esta razón que paso mucho tiempo tratando de idear primeras oraciones, con la vana esperanza de que ella apruebe mis libros; y la oración con que se inicia mi libro sobre Vesputio me enorgullece por demás. Dice así: “Américo Vesputio, que dio su nombre a América, fue proxeneta en su juventud y mago en su madurez”. Esta extraordinaria trayectoria de vida —esta camaleónica historia de autoadaptación— se me antoja digna de ser narrada e investigada. En efecto: ella no hace sino agregar más aspectos sorprendidos al hecho de que el hemisferio finalmente haya recibido el nombre de un personaje tal.

Llevaría, sin duda, mucho tiempo enumerar todas las peripecias por las que atravesó Vesputio, de modo que me limitaré a referir apenas dos o tres de sus más asombrosas transformaciones. Para entender las primeras, es preciso regresar al mundo emulativo e imponente que caracterizó a la

Florenia de fines del siglo XV, donde la familia de Vesputio era cliente de los Medici. En la época del abuelo de Lorenzo el Magnífico, los Vesputio habían ascendido hasta alcanzar el grado más alto de ciudadanía gracias al patronazgo de los Medici. No se trataba de una familia demasiado acaudalada. Al menos, la rama de la cual descendía Américo no era particularmente rica, pero había adquirido relevancia social por aferrarse a los faldones de la dinastía que ejercía el liderazgo en Florenia. El joven Américo parecía destinado a una carrera al servicio del propio Lorenzo el Magnífico. De hecho, se le presentó una gran oportunidad en 1478, poco después de la conspiración de los Pazzi —la profunda crisis que tantos cambios produjo en Florenia—, cuando se sumó a la embajada que su tío habría de establecer en Francia.

En ese momento que parecía triunfal, las cosas empezaron a andar mal para Américo: los resultados de la misión diplomática fueron desastrosos. Este dato no aparece en los relatos convencionales sobre el tema, pero estoy seguro de que los florentinos tacharon la embajada de deplorable fracaso porque, a pesar de las bellas palabras del rey de Francia, no se obtuvo ninguna ayuda concreta para la guerra en que se había involucrado la ciudad. Las obras anteriores sobre Américo Vesputio conjeturan que éste debe de haber cumplido una función de enorme importancia en esa misión diplomática, y que quizá haya sido el secretario de su tío. Sin embargo, de mi investigación en el Archivio di Stato no surgió una sola referencia a Américo en los documentos que generó la embajada.

Según parece, el joven sólo se sumó al viaje y vivió como una especie de *flâneur* en la París de Luis XI, para luego retornar a su tierra sin nada que le diera crédito.

Hay categóricas evidencias de que Américo aún se hallaba en la casa de Lorenzo el Magnífico hacia 1480, pero en algún momento de aquella época, muy a principios de esa década, el Magnífico le retiró su patronazgo a la familia Vespucio. Ésa fue la culminación de una larga serie de decepciones que experimentó Lorenzo en relación con algunos miembros del clan, a quienes consideraba inútiles o indignos de confianza. No sabemos exactamente cuál fue el detonante de la ruptura, porque la única evidencia directa es un comentario incluido en una carta de Lorenzo di Pierfrancesco de Medici, según el cual se había visto al tío de Vespucio quejándose y lamentándose por haber perdido el favor de Lorenzo el Magnífico.

Desde entonces, la familia transfirió su lealtad a la otra rama de los Medici, la familia de Lorenzo di Pierfrancesco, que se había enzarzado en un vínculo de odio y rivalidad con aquél. Una vez más, los biógrafos tienden a conjeturar que Américo debe de haber desempeñado algún papel importante en la casa de Lorenzo di Pierfrancesco. Sin embargo, aparte de una ocasión en que compró grandes cantidades de vino para la familia —lo cual no permite inferir que tuviera un empleo más significativo que el de mayordomo—, no existen evidencias de que haya ocupado en ella un puesto permanente. Según parece, andaba por el palacio y comía allí, pero no hacía mucho más.

La apabullante evidencia originada en las cartas que recibió durante ese período de su vida muestra que Américo trabajaba por su cuenta: hombre de muchos recursos, era —como me gusta llamarlo— un *figaro* de Florencia que devino en una especie de *fac-totum della città*. Quien tuviera un asunto que necesitara solución, especialmente si se trataba de algo equívoco, sospechoso u oscuro, recurría a Américo. Por ejemplo, en una oportunidad, Vespucio fue chantajeado por un guardia de la cárcel. No se sabe cuál fue el motivo, pero nadie que ha emprendido una decidida búsqueda de honor y fama establece una relación de ese tipo. También lo hallamos ejerciendo de proxeneta. Se han conservado unas cartas que son, evidentemente, comunicaciones de clientes que solicitaban los servicios de Vespucio, quien desempeñaba, como mínimo, el papel de procurador o intermediario de relaciones con mujeres que eran, sin duda, meretrices. Empero, su oficio principal era el de comprador y vendedor de joyas a comisión, especialmente de perlas. Así se ganó el sustento hasta que se produjo la primera gran transformación de su vida, alrededor de 1490, cuando Lorenzo di Pierfrancesco le encargó que indagara a un potencial nuevo socio de negocios residente en Sevilla: el banquero florentino Gianetto Berardi. Vespucio aprovechó la oportunidad para escapar: quizá pudiera alcanzar la fama y el honor en un nuevo empleo, en una nueva ciudad. Decidió unir su suerte a la de Berardi, se convirtió en su agente y se mudó a Sevilla.

La reinención
del nuevo Vespucio

Era una época fantástica para estar en esa ciudad. Aún no se había descubierto el Nuevo Mundo, pero Sevilla era rica y floreciente, casi una ciudad de bonanza. Los jóvenes italianos respondían al antiguo consejo de “ir hacia el Oeste”, y en Sevilla no hallaban sino negocios y oportunidades. Colón se contaba entre ellos: en el preciso momento en que Vespucio llegaba para unir su suerte a la de Berardi, éste se convertía en uno de los principales financieros de Colón. La relación entre Colón y Berardi posibilitó un contacto directo entre Colón y Vespucio, y desde entonces las vidas de ambos aventureros quedaron inextricablemente entrelazadas. Para la firma a la que se había unido Vespucio, el trato con Colón resultó fatal. Luego de la euforia por el éxito inicial del marino, los beneficios de sus inversiones durante los primeros años fueron nulos. En los dos años que siguieron al descubrimiento del Nuevo Mundo, Berardi invirtió cada vez más en la empresa de Colón. No obtuvo ninguna recompensa y murió en la ruina. Dejó un testamento conmovedor, en el cual encomendaba a su hija huérfana el mantenimiento del “Señor Almirante”, como llamaba a Colón, en la esperanza de que en algún momento la aventura que habían emprendido juntos rindiera ganancias. No se sabe qué ocurrió con la hija, pero el hombre que quedaba para sostener el sueño dorado era Vespucio, cuyos intentos de conseguir honor y fama habían tenido, en todos los casos, idéntico resultado: el fracaso.

Fue así como Vespucio comenzó una nueva reinención de sí mismo: siguió el modelo que Colón había desplegado ante él y se hizo a la mar. En 1499, cuando los monarcas de España abrieron el Atlántico a cierta libre competencia, Vespucio navegó en compañía de Alonso de Ojeda, un ex tripulante de Colón, hasta la costa de la actual Venezuela. Este acontecimiento siempre ha constituido un enigma para los historiadores. ¿Cómo ocurrió? ¿Cómo emprendió Vespucio este viaje? ¿Con qué capacidades? Si bien se presentaba como capitán y piloto, resulta inconcebible que fuera alguna de las dos cosas. La única travesía que había emprendido hasta ese momento de su vida había sido la que lo llevó de Florencia a Barcelona cuando iba en camino a Sevilla. No tenía experiencia alguna en el mar, y los relatos que dejó son una clara evidencia de que sus conocimientos de navegación apenas superaban a los de cualquier “marinero de agua dulce”.

Vespucio sabía poco de navegación pero mucho de perlas. Colón había descubierto los bancos de perlas de Margarita en su viaje de 1498, y cabe pensar que el propósito del viaje que emprendieron Ojeda y Vespucio no fue otro que el de avanzar en ese descubrimiento y obtener perlas. La lectura del relato de este último casi no deja dudas respecto de cuál fue el verdadero motivo que lo llevó a involucrarse en la travesía. En ese texto, Vespucio se refiere al inmenso tesoro de perlas que la expedición recogió para la reina, y dice que ha separado para él una cantidad por valor de mil ducados.

Si bien Américo persistía en su desesperada búsqueda de una carrera diferen-



Time Life Pictures/Getty Images

Figura 3. La imagen más influyente de Vesputio en el siglo XVI es la de un mago, equipado con instrumentos cosmográficos, con la mirada fija en los cielos, como Cristo, mientras su tripulación duerme apaciblemente, al igual que los discípulos en Getsemaní.

te, su breve intento de retornar al trabajo de mercader especializado en productos del Nuevo Mundo fracasó por completo. Entonces, se proyectó por un camino distinto: adoptó el oficio de cosmógrafo, con intenciones de crear una demanda para sus servicios como conocedor de los mares

y la geografía. En la figura 3 vemos una resplandeciente encarnación de la imagen que presentó: ¿no se ve casi como Cristo en el jardín de Getsemaní? Todos los demás se habían rendido al sueño, pero allí estaba Américo Vesputio en comunión con el cielo. Nótese la manera en que manipula las últi-

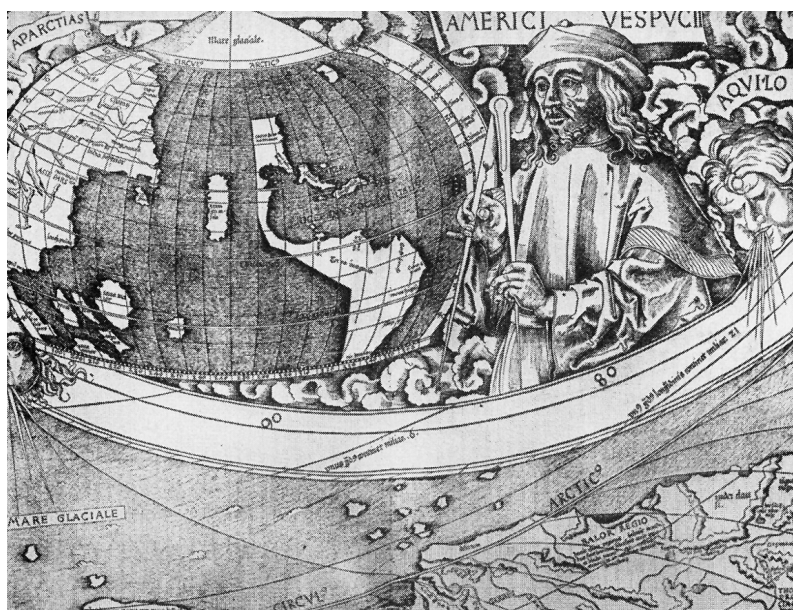
mas tecnologías: el astrolabio, el cuadrante, todos los instrumentos del cosmógrafo. Era una completa falsedad, puro palabrerío. Vespucio empleaba esos accesorios de la misma manera en que un ilusionista usa su varita mágica en el escenario. Los detalles de su relato, que se contradicen entre sí y están plagados de disparates y absurdos, son una evidencia incuestionable de que no conocía su oficio. Es verdad que había adquirido cierto saber sobre los cuerpos celestes, porque su tío, al igual que muchos otros miembros de la Academia florentina en tiempos de Lorenzo el Magnífico, se había dedicado a la astrología. Si visitamos la parroquia de la familia Vespucio hoy en día, aún podemos apreciar el retrato que el tío de Américo encargó a Ghirlandaio. Allí, colgado de la pared sobre su cabeza, está su propio astrolabio.

Empero, una cosa es tener un conocimiento teórico de esos instrumentos, y otra muy distinta es usarlos para navegar en mar abierto como Vespucio decía hacer. Por ejemplo, afirmaba que podía leer la longitud observando las distancias lunares. Ahora bien: tal lectura sólo es posible si se cuenta con una plataforma estable y con telescopios perfectamente calibrados (por supuesto, los telescopios no fueron inventados sino cien años después de Vespucio), o si se utilizan dispositivos de cronometría de altísima precisión (y no hace falta decir que nada de eso existía en aquella época). Por lo tanto, es literalmente imposible que Américo haya podido determinar la longitud mediante ese método. La única lectura de longitud que realizó, con una inexactitud al parecer absoluta, era muy sospecho-

samente similar a la que había obtenido Colón mientras calculaba un eclipse. En cuanto a sus lecturas de la latitud, no eran mucho mejores: al igual que en casi todo lo demás, Vespucio copiaba los métodos de Colón. Usaba un reloj de arena para calcular el progreso de las estrellas compañeras de la Estrella Polar, restaba de veinticuatro el número de horas nocturnas y consultaba las tablas impresas que enumeraban latitudes según las horas diurnas. En consecuencia, Vespucio no era en realidad un gran cosmógrafo, pero lograba convencer a la gente de que lo era, y ése es uno de los grandes misterios de su carrera.

En particular, Vespucio persuadió a dos individuos de decisiva importancia, humanistas de Saint-Dié en Lorena: Mathias Rinmann y Martin Waldseemüller. Ambos supieron de él en 1505, cuando leyeron *Mundus Novus*, y lo saludaron como el nuevo Ptolomeo, como el cosmógrafo más descollante de la época, a la par del principal cosmógrafo de la antigüedad. En el Renacimiento no había mayor honor que ser considerado un par de los antiguos. Rinmann y Waldseemüller publicaron un mapa para acompañar la obra en que bautizaron a América, y allí mostraron a Vespucio contemplando el mundo desde un pedestal privilegiado, al lado del propio Ptolomeo. ¿Por qué ocurrió algo así? ¿Por qué esos académicos adoptaron a Vespucio con tal prontitud?

Debemos tener en cuenta que, por entonces, Saint-Dié pugnaba por engrandecerse, de la misma manera en que las pequeñas universidades de nuestros días intentan ascender en el *ranking* del *US News*



Time Life Pictures/Getty Images

Figura 4. El mapamundi elaborado en 1507 por los cartógrafos de Saint-Dié presenta una imagen de Vespucio en la parte superior, en una postura equivalente a la de Ptolomeo, uno de los más destacados geógrafos de la antigüedad. La imagen que manifiesta Américo muestra una masa continental continua —que contrasta con el mapa principal— en la que el Nuevo Mundo está interrumpido por un estrecho que lleva a Asia.

and *World Reports*. Saint-Dié era un lugar despreciado por otros académicos: Pico Della Mirandola se manifestó sorprendido de que en esa universidad hubiera académicos, dada su reputación de albergar tejedores y albañiles. Pero en Saint-Dié había una imprenta, y el pequeño grupo de eruditos que se reunió a su alrededor había concebido el ambicioso proyecto de atraer la admiración del mundo publicando una nueva edición de la gran obra cosmográfica de la antigüedad: la *Geografía* de Ptolomeo. El mercado era

competitivo y ya había muchos otros textos relacionados con ese campo científico, por lo cual era necesario lograr que el producto fuera especial. Y Vespucio parecía apto para las circunstancias, no sólo por sus pretensiones de haber revelado el Nuevo Mundo al Viejo Mundo, sino también por su profesada capacidad de leer la latitud y la longitud: los datos que Ptolomeo había considerado fundamentales para confeccionar un mapa de todo el orbe (figura 4).

Gracias a la originalidad y destreza cartográfica de Waldseemüller, el nombre de América se difundió por todo el ámbito académico. Las innovaciones más radicales de Waldseemüller eran los mapas de papel: una versión pequeña, diseñada para adherirla a un globo terráqueo —el primer globo terráqueo impreso—, y una de grandes dimensiones, destinada a cubrir la pared de un estudio. Con el tiempo, Waldseemüller advirtió que había cometido un error, porque en el siguiente gran proyecto cartográfico, que emprendió unos años más tarde (en 1513), retiró el nombre de América y agregó una anotación donde atribuía el descubrimiento del Nuevo Mundo a Cristóbal Colón. Pero era demasiado tarde: el nombre de América ya había alcanzado una celebridad irreversible.

La obra y el nombre de Vespucio se popularizaron, incluso, fuera de los círculos académicos por la misma razón que suele llevarnos a leer la prensa amarilla: el atractivo del sensacionalismo. Los escritos que aparecieron firmados por él rebosaban de detalles sensacionalistas. Para dar un ejemplo, en la figura siguiente se observa el primer mapa que mostró la influencia de que gozaban los textos de Vespucio, con una representación más bien atenuada del canibalismo que había descripto el aventurero. Algunos de sus relatos sensacionalistas eran de tinte sexual, pero en su mayor parte se referían al canibalismo. En un grabado muy conocido de 1505, su autor no hace referencia específica a los escritos de Vespucio, pero su obra representa claramente a los caníbales tal como se los describía en ellos. Con el paso del tiempo, el sensacionalismo

de los grabadores —quienes reflejan para nosotros las reacciones de los lectores— fue agudizándose cada vez más. En un grabado de 1525 se ve a los caníbales, transformados en monstruos con cabeza de perro, masacrando literalmente a sus víctimas. Así, una suerte de estafa cosmográfica hizo efecto en un público académico excepcionalmente receptivo, en tanto que el sensacionalismo sedujo mediante el engaño a un público más llano y lo llevó a respaldar la elección del nombre de Américo para designar a las nuevas tierras.

La última transformación de Vespucio fue póstuma. Su figura nunca dejó de ser polémica, porque muchos admiradores de Colón sentían que la adscripción del nombre de aquél al Nuevo Mundo representaba una injusticia para el verdadero descubridor. En consecuencia, Américo Vespucio pasó a ser el héroe para una parte y el villano para la otra; pero esta circunstancia no sorprende, porque el heroísmo y la villanía suelen hacerse sombra, y el héroe de unos es siempre el villano de otros. Bien podríamos dar aquí conclusión a la historia: después de todas esas reinvencciones mercuriales, la imagen póstuma de Vespucio quedó en un estado adecuadamente irresuelto que quizá dure para siempre.

Un nombre que se justifica
por sí mismo


No obstante, quiero extenderme un poco más refiriendo otras dos conclusiones, en un intento de evitar que haya quienes piensen que América no es un nombre demasiado conveniente para este hemisferio. Hoy en

día, muchas corporaciones —e incluso algunos países— cambian su nombre en busca de mejorar su imagen. Si los asesores de imagen corporativa se ocuparan de Estados Unidos, dirían: “Es preciso cambiarle el nombre. «Estados Unidos de América» (aparte de todas las decepciones con que uno tropieza cuando sigue la huella de sus orígenes remontándose a Vespucio) no da en la tecla, despierta sensaciones poco apropiadas. Habría que buscar un nombre políticamente correcto, como «Estados Unidos de la Isla Tortuga»”. Sin embargo, no puedo sino admitir que, a pesar de todos los problemas que encierra esta denominación, a pesar de todas sus connotaciones negativas, a pesar de la impropiedad moral de Vespucio para alcanzar tal dignidad, América es en verdad un nombre fantástico.

Digan lo que digan, Vespucio es para mí una figura representativa de los procesos que llevaron al descubrimiento de América por parte de Europa. Al igual que Colón, era un italiano aventurero que buscaba fortuna en la península ibérica, y así contribuyó a que España y Portugal funcionaran como trampolín para la investigación del Atlántico. La historia del avance hacia Occidente emprendido por los europeos del Medioevo tardío demuestra que las iniciativas siempre provinieron del corazón del Mediterráneo. Generación tras generación, a partir del siglo XIII, los italianos (junto a algunos mallorquines) proporcionaron a España y Portugal el espíritu de aventura, el *savoir-faire* técnico y las finanzas que impulsaron la empresa del Atlántico. Sin embargo, sabemos muy poco acerca de los pioneros italianos anteriores a Colón y

Vespucio. Y tenemos que detenernos en los ejemplos de estos dos aventureros si deseamos conocer los motivos que llevaron a que tanta gente abandonara la próspera Italia por la empobrecida Iberia para arriesgar su vida en un océano inexplorado y tormentoso. Aquí detecto un patrón que se ajusta a la trayectoria que siguió la vida de Vespucio: una historia de ambición social y huida del fracaso. Vespucio salió a buscar honor y fama, y lo mismo, creo, habían hecho sus predecesores.

El segundo motivo que me lleva a inclinarme en favor del nombre en cuestión es que este artista de las transformaciones —este reinventor de sí mismo que he tratado de describir aquí— prefiguró, con gran antelación, una historia típica de la América moderna, o al menos de Estados Unidos: una historia de la vida en este país, que ha devenido la tierra de la auto-reinvención, la transformación, la rehabilitación de celebridades, las carreras adaptables y las vidas flexibles. Un país gobernado por un presidente que se ve como la proyección de una imagen ficticia de sí mismo lleva el nombre correcto si se llama como el mayor reinventor de sí mismo de todos los tiempos. De un modo muy curioso, el hombre que dio su nombre a América devino un modelo para América, o al menos para esta parte del hemisferio que ha adoptado su nombre.



Dr. Felipe Fernández-Armesto (M.A., D. Phil., Hon. D. Litt.). Historiador británico de ascendencia española, nacido en Londres en 1950, es autor de muchas obras que alcanzaron gran difusión. Se trata de uno de los académicos más prestigiosos de la historia mundial y medioambiental, la historia colonial comparada, temas de la historia española y marítima e historia de la cartografía. Es profesor de Historia Mundial y Medioambiental en Queen Mary, Universidad de Londres, y desde septiembre de 2005 ejerce la Cátedra Príncipe de Asturias de Cultura y Civilización Española en la Universidad de Tuff's, Boston. Ha publicado veinticinco libros de su exclusiva autoría —entre los más recientes se cuentan *Pathfinders: A Global History of Exploration*, 2006 (*Los conquistadores del horizonte: una historia global de la exploración*, 2006), y *Amerigo: The Man Who Gave His Name to América*, 2007 (*Américo. El hombre que dio su nombre a un continente*, 2008)—, participó como editor o coautor de diez libros y escribió alrededor de cuarenta y cinco importantes monografías o capítulos, además de dirigir varios proyectos y publicaciones en colaboración. Es autor de *The Spanish Armada*, 1990; *Millennium: A History of Our Last Thousand Years*, 1995 (*Millennium*, 1995); *Truth: A History and a Guide for the Perplexed*, 1997 (*Historia de la verdad y una guía para perplejos*, 1999); *Civilizations*, 2000 (*Civilizaciones. La lucha del hombre por controlar la naturaleza*, 2002); *Food: A History*, 2001, publicado como “Near a Thousand Tables” en Estados Unidos y Canadá (*Historia de la comida*, 2004); *The Americas*, 2003 (*Las Américas*, 2004); *Ideas That Changed the World*, 2003, y *The World: A Global History*, 2007. Entre los premios que obtuvo se cuentan el FSA, 1994; la Medalla Caird, 1997; la Medalla John Carter Brown, 1999; el Professorial Fellow de Queen Mary, Universidad de Londres, 2000; el Premio Nacional a la Investigación (Sociedad Geográfica Española), 2003, y el Premio de la Asociación Internacional de Profesionales Culinarios, 2003.

Fotografía: Unidad de Fotografía del BID

Traducción: Lilia Mosconi

Edición: Rolando Trozzi

Otras publicaciones de la Serie Encuentros:

- *Casas, voces y lenguas de América Latina*
José Donoso (1924-1996), novelista chileno, autor de la obra *Coronación*, y colaborador para el impulso de la literatura latinoamericana y el realismo mágico.
No. 1, marzo de 1993.
- *Cómo empezó la historia de América*
Germán Arciniegas (1900-1999), distinguido periodista e historiador colombiano, autor de más de cincuenta libros y varias columnas publicadas en el periódico colombiano *El Tiempo*.
No. 2, abril de 1993.
- *Año internacional de los pueblos indígenas*
Rigoberta Menchú (1959-), líder indígena guatemalteca, ganadora de los Premios Nobel de la Paz (1992) y Príncipe de Asturias (1998); y Embajadora voluntaria ante la UNESCO.
No. 3, octubre de 1993.
- *Narrativa paraguaya actual: dos vertientes*
Renée Ferrer de Arréllaga (1944-), escritora y poeta paraguaya, recibió el Premio Pola de Lena (1986) de España, incluido en la poesía y narrativa de las antologías paraguayas.
No. 4, marzo de 1994.
- *El Paraguay en sus artes plásticas*
Annick Sanjurjo Casciero (1934-), historiadora paraguaya, escritora y editora de la revista de la OEA y de catálogos de arte, especialista en arte latinoamericano del siglo XX.
No. 5, marzo de 1994.
- *El porvenir del drama*
Alfonso Sastre (1926-), dramaturgo existencialista, ensayista y crítico español, miembro del movimiento literario Arte Nuevo, crítico abierto de la censura de la época de Franco.
No. 6, abril de 1994.
- *Del baile popular a la danza clásica*
Edward Villella (1936-), bailarín estadounidense del New York City Ballet bajo George Balanchine (1960), posteriormente fundador y director artístico del Miami City Ballet.
No. 7, agosto de 1994.
- *Belice: una perspectiva literaria*
Zee Edgell (1940-), novelista y activista beliceña, autora de cuatro novelas, incluida *Beka Lamb*, Profesora Asociada de Inglés en la Universidad Kent State en Ohio.
No. 8, setiembre de 1994.
- *El desarrollo de la escultura en la Escuela Quiteña*
Magdalena Gallegos de Donoso, antropóloga ecuatoriana e historiadora de arte, autora de más de cincuenta catálogos de arte, Directora de los Museos del Banco Central de Ecuador.
No. 9, octubre de 1994.
- *Arte en contexto: estética, ambiente y función en las artes de Japón*
Ann Yonemura (1947-), curadora asociada norteamericana de arte japonés de las Galerías Freer y Sackler de la Institución Smithsonian en Washington, D.C.
No. 10, marzo de 1995.
- *Hacia el fin del milenio*
Homero Aridjis (1940-), poeta mexicano, diplomático y autor de más de veinticinco libros de poesía, ganador del Premio Global 500, otorgado por las Naciones Unidas.
No. 11, setiembre de 1995.

- *Haití: una experiencia de dos culturas*
Edwidge Danticat (1969-), novelista haitiana, autora de *Breath, Eyes, Memory* (1994), ganadora del Premio Pushcart (1995); y *The Farming of the Bones* (1999), American Book Award (1999).
No. 12, diciembre de 1995.
- *Los significados del milenio*
Bernard McGinn, teólogo norteamericano de la Escuela de Teología de la Universidad de Chicago, especialista en pensamiento apocalíptico, editor de *Classics of Western Spirituality*.
No. 13, enero de 1996.
- *Milenarismos andinos: originalidad y materialidad (siglos XVI - XVIII)*
Manuel Burga (1942-), sociólogo peruano de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, experto en Estudios Andinos Poscoloniales, ganador del Premio Nacional de Historia (1988).
No. 14, febrero de 1996.
- *Apocalipsis en los Andes: zonas de contacto y lucha por el poder interpretativo*
Mary Louise Pratt (1948-), lingüista canadiense de la Universidad de Stanford, líder en feminismo, teoría y cultura poscolonial en América Latina.
No. 15, marzo de 1996.
- *Cuando nos visitan los forasteros: discurso del milenio, comparación y el retorno de Quetzalcóatl*
David Carrasco (1944-), catedrático estadounidense de historia de las religiones en la Universidad de Princeton, posteriormente en la Facultad de Divinidad en la Universidad de Harvard; editor de la Enciclopedia Oxford sobre las Culturas Mesoamericanas.
No. 16, junio de 1996.
- *El mesianismo en el Brasil: notas de un antropólogo social*
Roberto Da Matta (1936-), antropólogo brasileño de la Universidad de Notre Dame, Asesor de la *Revista Luso-Brasileña*, y experto en la cultura popular brasileña.
No. 17, setiembre de 1996.
- *El milenio de los pueblos: el legado de Juan y Eva Perón*
Juan E. Corradi (1943-), sociólogo argentino de la Universidad de Nueva York, Asesor del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Vicepresidente de la Iniciativa de Desarrollo Sur-Norte.
No. 18, noviembre de 1996.
- *Breves apuntes sobre la literatura ecuatoriana y norteamericana*
Raúl Pérez Torres (1941-), poeta ecuatoriano, Director de la Editora Abrapalabra, ganador de los Premios del Cuento (1976), Casa de las Américas (1980) y Juan Rulfo (1990).
No. 19, marzo de 1997.
- *Sociedad y poesía: los enmantados*
Roberto Sosa (1930-), poeta hondureño, editor y periodista, ganador de los Premios Casa de las Américas (1971), Literatura Nacional Rosa (1972) y Nacional de Literatura Itzamna (1980).
No. 20, mayo de 1997.
- *La arquitectura como un proceso viviente*
Douglas Cardinal (1934-), arquitecto canadiense, sus proyectos incluyen el Museo Canadiense de las Civilizaciones, y la propuesta original para el Museo Nacional del Indio Americano en Washington, D.C.
No. 21, julio de 1997.

- *Cómo se escribe una ópera: una visita tras bambalinas* al taller del compositor Daniel Catán (1949-), compositor mexicano neo-impressionista de ópera, sus proyectos incluyen *La hija de Rappaccini* (1991), *Florencia en el Amazonas* (1996) y *Salsipuedes* (2004). No. 22, agosto de 1997.
- *La bienvenida mutua: transformación cultural del Caribe en el siglo XXI* Earl Lovelace (1935-), novelista y dramaturgo de Trinidad y Tobago, ganador de los Premios Literario Pegasus (1966), Medalla de Oro de Chaconia (1989), Carifesta (1995), y de la Mancomunidad Británica para Escritores (1997). No. 23, enero de 1998.
- *De vuelta del silencio* Albalucía Angel (1939-), novelista experimental colombiana, pionera del posmodernismo latinoamericano, ganadora del premio Vivencias (1975), cantante de música popular y periodista. No. 24, abril de 1998.
- *Cómo se están transformando los Estados Unidos por efecto de la inmigración latina* Roberto Suro (1951-), periodista estadounidense del *Washington Post*, ex Director de la Oficina Local del *New York Times* en Houston, Texas y Director del Centro Hispánico Pew. No. 25, mayo de 1998.
- *La iconografía de la cerámica pintada del norte de los Andes* Felipe Cárdenas-Arroyo, arqueólogo colombiano de la Universidad de Los Andes en Bogotá, erudito de CASVA, especialista en momificación pre-hispánica de huesos humanos. No. 26, julio de 1998.
- *En celebración de la extraordinaria vida de Elisabeth Samson* Cynthia McLeod (1936-), novelista surinamesa condecorada como autora *best-seller* de *El caro precio del azúcar* y *Farewell Merodia*, especialista en Suriname del siglo XVIII. No. 27, agosto de 1998.
- *Un país, una década* Salvador Garmendia (1928-2001), escritor venezolano, ganador de los Premios Nacional de Literatura (1970) e Historias Cortas Juan Rulfo (1989), fundador y editor de la revista literaria *Sardio*. No. 28, setiembre de 1998.
- *Aspectos de creación en la novela centroamericana* Gloria Guardia (1940-), escritora panameña, periodista y ensayista, miembro de la Academia Española en Panamá, ganadora del premio Nacional del Cuento (Bogotá, 1996). No. 29, setiembre de 1998.
- *Hecho en Guyana* Fred D'Aguiar (1960-), novelista y poeta inglés-guyanés, ganador de los Premios Poesía en Guyana (1986), Malcolm X de Poesía (1986), y Whitbread de Obras de Ficción (1944). No. 30, noviembre de 1998.
- *Mentiras verdaderas sobre la creación literaria* Sergio Ramírez (1942-), escritor nicaragüense, autor de 25 libros; recibió los Premios Dashiell Hammett (1988) y Alfaguara (1998); fue Vicepresidente de su país. No. 31, mayo de 1999.

- *Mito, historia y ficción en América Latina*
Tomás Eloy Martínez (1934-), escritor y periodista argentino, profesor de la Universidad Rutgers, autor de *Santa Evita* (1995), su obra literaria ha sido traducida a 37 idiomas.
No. 32, mayo de 1999.
- *Fundamentos culturales de la integración latinoamericana*
Leopoldo Castedo (1915-1999), historiador de arte de nacionalidad española-chilena, erudito, y director de cine; impulsó la integración de América del Sur; fue coautor de *Historia de Chile*, (20 volúmenes).
No. 33, setiembre de 1999.
- *El Salvador y la construcción de la identidad cultural*
Miguel Huezo Mixto (1954-), periodista y poeta salvadoreño, editor cultural de la Revista *Tendencias*, Director del Consejo Nacional de Cultura y Arte (CONCULTURA).
No. 34, octubre de 1999.
- *La memoria femenina en la narrativa*
Nélida Piñon (1937-), condecorada novelista brasileña, autora de *República de los sueños* (1984), ganadora del Premio Juan Rulfo (1995), miembro y ex Presidenta de la Academia de Literatura.
No. 35, noviembre 1999.
- *Le Grand Tango: la vida y la música de Astor Piazzolla*
María Susana Azzi (1952-), antropóloga cultural argentina, miembro del directorio de la Fundación Astor Piazzolla y de la Academia Nacional del Tango en Buenos Aires.
No. 36, mayo de 2000.
- *El fantasma de Colón: el turismo, el arte y la identidad nacional en las Bahamas*
Ian Gregory Strachan (1969-), escritor de Bahamas, encargado del departamento de Inglés en el Instituto de Bahamas, autor de la novela *God's Angry Babies* (1997) y *Paradise and Plantation* (2002).
No. 37, junio de 2000.
- *El arte de contar cuentos: un breve repaso a la tradición oral de las Bahamas*
Patricia Ginton-Meicholas, escritora de Bahamas, Presidenta fundadora de la Asociación de Estudios Culturales de las Bahamas, y ganadora de la Medalla Independence de Bodas de Plata en Literatura.
No. 38, julio de 2000.
- *Fuentes anónimas: una charla sobre traductores y traducción*
Eliot Weinberger (1949-), editor y traductor estadounidense de Octavio Paz, y ganador de los Premios PEN/Kolovakos (1992) y Círculo de Críticos del Libro Nacional (1999).
No. 39, noviembre de 2000.
- *Trayendo el arco iris a casa: el multiculturalismo en Canadá*
Roch Carrier (1937-), distinguido novelista canadiense y dramaturgo, Director del Consejo Canadiense para las Artes (1994-1997), y el Director de la Biblioteca Nacional de Canadá (1999-2004).
No. 40, febrero de 2001.
- *Una luz al costado del mundo*
Wade Davis (1953-), botánico étnico y escritor canadiense, Explorador Residente de la National Geographic Society y autor de *The Serpent and the Rainbow* [La serpiente y el arco iris] (1986) y *One River* [Un río] (1996).
No. 41, marzo de 2001.

- *Como nueces de castaña: escritoras y cantantes del Caribe de habla francesa*
 Branda F. Berrian, profesora estadounidense de la Universidad de Pittsburg y autora del libro *Awakening Spaces: French Caribbean Popular Songs, Music and Culture* (2000).
 No. 42, julio de 2001.
- *El capital cultural y su impacto en el desarrollo*
 Camilo Herrera (1975-), sociólogo y economista colombiano; director fundador del Centro de Estudios Culturales para el Desarrollo Político, Económico y Social, en Bogotá.
 No. 43a, octubre de 2001.
- *La modernización, el cambio cultural y la persistencia de los valores tradicionales*
 Ronald Inglehart (1934-), profesor estadounidense de Ciencias Políticas y Director del Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan, y profesor asociado Wayne E. Baker.
 No. 43b, febrero de 2002.
- *Las industrias culturales en la crisis del desarrollo en América Latina*
 Néstor García Canclini (1939-), destacado filósofo y antropólogo argentino, ganador del Premio Casa de la Américas (1981) y Director del Programa de Estudios Culturales Urbanos en la UNAM, Iztapalapa, México.
 No. 43c, abril de 2002.
- *“Downtown” Paraíso: reflexiones sobre identidad en Centroamérica*
 Julio Escoto (1944-), novelista hondureño, ganador de los Premios Nacionales de Literatura (1974), Gabriel Miró de España (1983) y José Cecilio del Valle de Honduras (1990).
 No. 44, enero de 2002.
- *El arte y los nuevos medios en Italia*
 Maria Grazia Mattei (1950-), experta italiana en las nuevas tecnologías de la comunicación; fundadora del estudio MGM Digital Communication. La conferencia se complementa con notas del artista Fabrizio Plessi.
 No. 45, febrero 2002.
- *Definiendo el espacio público: la arquitectura en una época de consumo compulsivo*
 Rafael Viñoly (1944-), arquitecto uruguayo, finalista en el concurso de diseño del nuevo World Trade Center y diseñador de la nueva expansión del John F. Kennedy Center for the Performing Arts en Washington D.C.
 No. 46, mayo de 2003.
- *Artesanías y mercancías: las tallas oaxaqueñas en madera*
 Michael Chibnik (1946-), profesor de Antropología de la Universidad de Iowa, conferencia basada en su libro *Crafting Tradition: The Making and Marketing of Oaxacan Wood Carvings* (Universidad de Texas, 2003).
 No. 47, mayo de 2003.
- *Educación y ciudadanía en la era global*
 Fernando Savater (1947-), distinguido filósofo y novelista español, y catedrático de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, ganador del Premio Sakharov (2002).
 No. 48, octubre de 2003.
- *Ecología cultural en las Américas*
 Cristián Samper (1967-), biólogo costarricense-colombiano, Director del Museo Nacional de Historia Natural de la Institución Smithsonian en Washington, D.C.; y ex consejero científico principal para el gobierno Colombiano.
 No. 49, diciembre de 2003.

- *El puesto sustantivo de la ética en el desarrollo de América Latina*
Salomón Lerner (1944-), catedrático peruano de filosofía, Rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú (1994-2004), y ganador del Premio Nacional de Derechos Humanos Ángel Escobar Jurado (2003). No. 50a, abril de 2004.
- *Convicciones que sabotean el progreso*
Marcos Aguinis (1935-), médico argentino, ex Ministro de Cultura de Argentina, ganador del Premio Planeta (España) y del Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. No. 50b, junio de 2004.
- *La dificultad de decir la verdad*
Darío Ruiz Gómez (1935-), crítico colombiano de arte, desarrollo urbano y literatura. Fue profesor de arquitectura en Medellín, autor de cuatro libros de poesía y cinco libros de cuentos. No. 50c, octubre de 2004.
- *Hölderlin y los U'wa: una reflexión sobre la naturaleza y la cultura frente al desarrollo*
William Ospina (1954-), ensayista, periodista, poeta y traductor colombiano. Recibió los Premios Nacional de Literatura (1992) y Casa de las Américas (2002). No. 51, julio de 2004.
- *Traducir a Cervantes*
Edith Grossman (1936-), laureada traductora estadounidense de obras del idioma catellano, incluyendo García Márquez, Vargas Llosa, y su última versión en inglés de *Don Quijote*. No. 52, enero de 2005.
- *Diálogo sobre cultura y desarrollo. Inauguración del Centro de Conferencias Enrique V. Iglesias*
Enrique V. Iglesias (1930-), distinguido economista y estadista, tercer Presidente del BID (1988-2005), fundador del Centro Cultural del BID (1992); Néstor García Canclini (ver Encuentros No. 43c); y Gilberto Gil (1942-), Ministro de Cultura de Brasil, aclamado compositor, actor y pionero de *Tropicalia*. No. 53, febrero de 2005.
- *Cervantes y el oficio de contar*
Antonio Muñoz Molina (1956-), periodista, novelista y autor español, ganador de los Premios Crítica (1988), Nacional de Literatura (1988, 1991) y Planeta (1991). No. 54, mayo de 2005.
- *Ilícito: cómo contrabandistas, traficantes y piratas están cambiando el mundo*
Moisés Naím (1952-), venezolano, Editor en Jefe de la Revista *Foreign Policy*, recibió el premio Nacional de la Revista por Excelencia General (2003, 2007), y autor y editor de ocho libros. No. 55, diciembre de 2005.

○ *Mesa redonda: actualidad de la literatura española y latinoamericana contemporáneas*
Escritores participantes: Camilo José Cela Conde (1946-, filósofo y antropólogo); José Corredor Matheos (1929-, ganador del Premio Nacional de Literatura 2005 en la modalidad de Poesía); Eugenio Fuentes (1958-, ganador de los Premios Luis Berenguer y Extremadura); Andrés Ibáñez (1961-, ganador del Premio Ojo Crítico de Radio Nacional); Carlos Marzal (1961-, poeta y novelista); Rosa Montero (1951-, ganadora del Premio Nacional de Periodismo); José Ovejero Lafarga (1958-, ganador del Premio Primavera de Novela); y Horacio Vázquez-Rial (1947-, novelista). Moderador: Profesor José María Naharro-Calderón, Universidad de Maryland.
No. 56, mayo de 2006.

○ *¿Américo y América?*
Felipe Fernández-Armesto (1950-), historiador británico de temas mundiales y medioambientales, historia colonial comparada, historia española y marítima e historia de la cartografía; catedrático Príncipe de Asturias en la Universidad de Tuffs, Boston.
No. 57, abril de 2007.

○ Versiones en inglés y en español

La Serie Encuentros es distribuida gratuitamente a las bibliotecas municipales y universitarias de los países miembros del Banco Interamericano de Desarrollo. Las entidades interesadas en obtener la serie deberán dirigirse al Centro Cultural del BID, en Washington, D.C., a la dirección que aparece en la contratapa.



Banco Interamericano de Desarrollo
CENTRO CULTURAL DEL BID

1300 New York Avenue, N.W.
Washington, D.C. 20577
Estados Unidos de América

Tel: (202) 623-3774
Fax: (202) 623-3192
IDBCC@iadb.org
www.iadb.org/cultural

